



NUESTROS POETAS
ANSIA DE QUIETUD

I
El alma puesta en Dios, con fé sagrada
cultivar el soneto y la quintilla;
vivir en una casa de Castilla
entre árboles y flores enclavada.

Ser amigo del cura y del Alcalde;
tener una pequeña biblioteca:
ver hilar, a las mozas, en la rueca
y no perder el tiempo nunca en balde.

Ir con todos los mozos a la era
y allí, beber un trago de buen vino;
tocar, después' en aspera guitarra;

luego... rezar a un Cristo, de madera,
y contemplar el campo y el camino,
en mi portal, bajo la verde parra.

II
Desde el viejo sillón, apolillado,
y a las últimas horas de la tarde,
ver el regio crepusculo que arde
como un bello rubí semiapagado.

Sentir un amor grande e indulgente,
por todos los errores de las cosas,
y deshojar, besándolas, cien rosas
sobre el retrato de la amada ausente.

Y al contemplar la lenta voz lejana
de una hermosa doncella castellana,
que entona, enamorada, una canción,
sonreír con dulzura satisfecho,
y recordar, también, que en nuestro pecho
late, fogoso, un joven corazón.

III
Pasear por el huerto más florido,
unas veces leyendo, otras mirando
las flores que se van ya deshojando
perdiéndose en el polvo, en el olvido,
y contemplar la fuente solitaria
bajo la sombra de un árbol nudoso,
y buscar en la siesta ideal reposo
murmurando una rústica plegaria.

Leer luego la prosa de Miguel
de Cervantes; en tanto que el lebrél,
a nuestros pies reposa ya rendido:

Y por la noche ante el velón austero,
ver en la cornucopia ennegrecido
el retrato de un noble caballero.

MIGUEL S. MIGALLÓN.